



LA ISLA DE LANZAROTE

El "boom" turístico que, como muy benéfica lluvia, ha caído sobre España ha constituido una difícil prueba para el país a la que, es justo reconocer, los españoles hemos sabido darle una bastante buena solución, a despecho de los errores de los que todos, en mayor o menor grado, somos culpables.

Este indudable éxito es necesario constatar que, en muy buena parte, ha correspondido a las clases obreras españolas. Se han hecho tantos metros cúbicos de fábrica de ladrillo, de hormigón, tantos metros cuadrados de forjados, de cubiertas, de solados, de carpintería, tantos miles de cuartos de baño, de cocinas, se ha hecho tanto de todo lo que a la diversidad de temas que a la edificación corresponde, que todos los españoles, y muy especialmente los arquitectos, tenemos que quedar sinceramente reconocidos a tan eficaces colaboradores.

Parece evidente que el cupo de los edificios turísticos, hoteles, paradores, etc., está ya completo. Ahora se hace precisa la movilización y la promoción de las estructuras de excepción que, precisamente por su propia y justificada excepcionalidad, pueden atraer al turismo "caro" que se ha desviado de nuestro país.

En toda la prensa ha aparecido el comentario de que México, con muchísimos menos turistas al año que nosotros, tiene unos ingresos muy superiores a los nuestros porque ha sabido atraerse al turismo con dinero.

Uno de estos lugares de excepción es la pequeña y todavía milagrosamente no denigrada isla de Lanzarote. En un reciente viaje que hemos tenido ocasión de realizar hemos quedado ciertamente fascinados por las insólitas bellezas de esta isla.

Y se ha llegado a esta excepcionalidad por dos causas, de muy distinto signo, que, sumadas, han dado lugar a este increíble logro.

En primer lugar su constitución volcánica. Es una islita de sesenta por veinte kilómetros cuadrados con más de trescientos volcanes. La última importante erupción se produjo en el siglo XVIII, durante los años de 1730 a 1736. En esos seis años, día a día, los volcanes estuvieron vomitando lava que fue cubriendo una gran parte de Lanzarote, al tiempo que, bajo la tierra, se creaban unas inmensas grutas que formaron bellísimas e insospechadas estancias enterradas.

En segundo lugar existe un lanzaroteño de pro. El pintor César Manrique, natural de Lanzarote, que viene dedicando su talento, su sensibilidad, su inagotable actividad a la conservación de aquellos fabulosos paisajes y de las encantadoras arquitecturas de esta islita.

En este número de ARQUITECTURA se hace una breve presentación de Lanzarote. El Ministerio de la Vivienda tiene en prensa un libro de próxima aparición, con fotografías y dibujos realizados por César Manrique sobre la arquitectura y el paisaje lanzaroteño. Desde estas páginas nos atrevemos a hacer el ruego a los Ministros de la Vivienda, de Información y Turismo, de Educación y Ciencia, de Agricultura y de Obras Públicas para que tomen a esta isla bajo su patrocinio especial al objeto de conseguir entre todos, con una vigilante actuación, salvar esta joya que Dios ha puesto en nuestras manos.